

CAPÍTULO XIX

De la Transubstanciación.—¿Quiénes la rechazaron?

SUMARIO

Artículo I.—Sacramentarios ó protestantes.

- I. Impanadores.
- II. Consustanciadores.
- III. Ubiquistas.
- IV. Concomitarios.

Artículo II.—La transubstanciación, único medio racional conforme con la fe.

La Iglesia Católica define la *transubstanciación* de esta manera: (1) «Es aquella admirable y singular conversión de toda la substancia del pan en el Cuerpo de Cristo Nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la de su Sangre, subsistiendo únicamente las especies de pan y vino». Sabido lo que hemos de creer, pasemos á indagar quienes rechazaron el dogma de la transubstanciación y á refutar sus argumentos. Sistemáticamente lo negaron: 1.º los sacramentarios ó protestantes; 2.º los deístas ó filosofastros y 3.º los ateístas.

(1) Est... mirabilem illam, et singularem conversionem totius substantiæ panis in corpus, et totius substantiæ vini in sanguinem, manentibus dantaxat speciebus panis et vini. Trid. sess. 13, c. 2.

Artículo I.—Sacramentarios ó protestantes

Se distribuyen en Impanadores, Consustanciadores, Ubiquistas y Concomitarios.

I. Impanadores.—Dase este nombre á los luteranos que sostienen que después de la consagración, el cuerpo de Jesucristo se halla en la Eucaristía juntamente con la substancia del pan; pero esta acción, con mayor razón se llama consustanciación, de la cual hablaremos luego. Impanación propiamente dicha, sería la unión hipostática del Verbo divino con el pan y el vino, al modo que el mismo Verbo por la Encarnación se unió á la naturaleza humana. Éste es el sentimiento de algunos autores jacobitas, que, admitiendo la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, suponen al propio tiempo dicha unión (1); pero se condenan ellos mismos porque de una parte, el Verbo divino no puede unirse á cosa alguna, sino á la naturaleza humana que tomó por la Encarnación, y de otra, si esto por un imposible fuese hacedero, lo que entonces se nos daría en la Eucaristía sería el pan unido al Verbo, ó un cuerpo, no humano sino panáceo; ahora bien: Jesucristo dijo que nos había de dar su propio Cuerpo, el mismo que había de ser entregado, y el cuerpo que había de ser entregado es de carne, y no panáceo: luego aquellas doctrinas son inconsecuentes, son heréticas. Además; estos pobres de entendimiento, cuando admiten á Jesucristo en la Eucaristía juntamente con la unión que suponen, no hacen otra cosa que contradecirse á sí propios, porque, ó suponen á Jesucristo allí presente, destituido de la Divinidad, la que en este caso subsistiría unida al pan, ó si creen como deben de creer que está unida á ella por unión hipostática, hacen muy mal en mezclarle con el pan, de todo lo cual dan ruin idea de sí mismos, porque indican si no la malicia, á lo menos la cortedad de sus inteligencias. Semejante opinión herética fué renovada posteriormente por Osiander, uno de los principales luteranos, que se atrevió á

(1) Assemani Bibl. orient, t. 2 c. 32.

decir: «Este pan es Dios»; mas como dice el sabio Bossuet, esta extrangera opinión no sólo no tuvo necesidad de ser refutada, porque se desprestigió á sí misma, sino que ni el mismo Lutero, á quien tanto favorecía, la aprobó jamás.

II. Tampoco se pone Jesucristo en la Eucaristía por consubstanciación.—Llámanse consubstanciadores, los herejes luteranos que defienden que el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo están presentes en la Eucaristía sin que las substancias del pan y del vino sean destruídas; por consiguiente, que el Cuerpo de Nuestro Señor, se halla en el pan, bajo el pan y con el pan. Para el efecto, inventaron la fórmula compuesta de las preposiciones *in, sub, cum*; sin embargo, erraron en el camino de la verdad, porque no dijo el Salvador: «Mi cuerpo está con esto; ó, mi cuerpo está en esto que yo tengo», sino: «éste es mi cuerpo»; de modo que, según estas palabras, el Salvador, lo que tenía en sus manos después de la consagración, no era pan, sino su cuerpo. Además, Cristo Nuestro Señor prometió que el pan que había de dar para la vida del mundo era su carne, luego si se admitiese la consubstanciación, estas palabras resultaban falsas porque debían de formularse: «el pan está juntamente con mi carne»: ahora bien, si se admite que las palabras de Jesucristo son falsas, defendemos una horrible blasfemia: si por el contrario, son veraces, dichos vocablos expresan todo lo contrario de lo que afirman los consubstanciadores: luego éstos no están en posesión de la verdad. Por otra parte, Calvino desecha esta baja opinión de Lutero, fundándose en las observaciones que acabamos de indicar.

III. Ubiquistas ó ubiquitarios.—Afirman que el Cuerpo de Jesucristo está presente en la Eucaristía en virtud de su divinidad presente en todas partes.

Juan de Westphalia, ministro de Hambourg, inventó en 1552 semejante opinión herética, llegando á tal extremo la audacia de estos herejes que, reuniéndose, cierto día, seis de sus doctores, en el monasterio de Berg, año 1577, se atrevieron á proclamar artículo de fe el dogma de la ubiquidad del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Pero bien: á

más de que semejantes congregaciones, formadas de miembros cortados de la Iglesia, son anticanónicas y carecen de valor y efecto alguno, el dogma que estos herejes pretenden sostener, no es otra cosa que una mera necedad, con la cual aparentaban esconder su incredulidad y malicia. En efecto: si intentan que la Divinidad sola esté presente en la Eucaristía, del mismo modo que lo está en todas partes, por esencia, presencia y potencia, no nos vienen á enseñar nada nuevo, porque en tal caso la Eucaristía se reduciría á sola cuestión de nombre y la Divinidad estaría entonces presente, no en la Eucaristía, porque como he dicho no tendría ser real, sino en el pan, del mismo modo que lo está en cualquier otro objeto, según aquello: «Yo lleno el cielo y la tierra». Si pretenden que el Cuerpo de Jesucristo se halla en la Eucaristía en virtud de su Divinidad presente en todas partes, se contradicen á sí mismos, porque aunque la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo esté presente en todo lugar, mas no así su Humanidad sacratísima, la cual solamente reside en el cielo á la diestra de su Padre y en la Eucaristía, del modo que Jesús la instituyó y no de otro modo. Luego el Cuerpo del Salvador, del modo que dichos herejes quieren, no puede existir en la Eucaristía. La razón de esto es (para hablarles en pura teología) que en Cristo no se da comunicación de idiomas en abstracto; ó sea, que los atributos de una naturaleza de Cristo no se comunican á los de la otra, cuando tal comunicación se funda en la participación de las propiedades peculiares de la Divinidad hechos á la Humanidad, de lo cual resulta que esta proposición: «La humanidad de Cristo es omnipotente; está en todas partes», es herética, porque aquellas cosas que realmente se distinguen entre sí, no pueden predicarse de sí mismas recíprocamente, si no se unen en algún común sujeto ó supuesto: ahora bien; la citada proposición está tomada en abstracto, luego las propiedades que designa no se pueden unir en algún común supuesto. Otra cosa sería si dijese: «Cristo es omnipotente ó está en todas partes», porque en este caso la propiedad de la Divinidad se une en un sujeto que es Cristo, que es lo

que se dice en teología, darse en Cristo comunicación de idiomas en concreto. Por consiguiente, como los ubiquestas sostienen que el Cuerpo de Cristo existe en la Eucaristía inmensamente, en virtud de su Divinidad presente en todas partes, de ahí que toman la comunicación de idiomas en abstracto; luego su proposición es herética y por consiguiente su doctrina. Melanctón mismo la refutó en un principio, mas poco pudo contra ella, porque hubo muchos luteranos que, amigos de novedades, la abrazaron. Poco después, sus mismos partidarios se dividieron, sosteniendo unos que la Humanidad del Salvador durante su vida mortal estaba en todas partes y, afirmando los otros que este privilegio le fué concedido después de la Ascensión; dos opiniones tan absurdas como la primera. Hoy día existen pocos ubiquestas, porque siendo refutados por los calvinistas y, pudiendo defenderse con poca ó ninguna fortuna, han abandonado sus teorías, sosteniendo en su lugar la doctrina que defienden los Concomitarios.

IV. Éstos que, según Bergier, son los más hábiles luteranos, rechazan todas las maneras sobredichas de entender la presencia real y aseguran que el Cuerpo de Jesucristo reside en la Eucaristía por concomitancia, es decir; que en recibiendo el pan, se recibe al mismo tiempo realmente el Cuerpo de Jesucristo; por lo que Nuestro Señor no está presente en la Eucaristía sino por el uso y en el uso de la misma; esto es, en la Comunión. De aquí vienen á deducir que en sola la Comunión consiste la esencia del Sacramento, y no en las especies de pan y vino, juntamente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, permanentes después de la consagración. Semejante opinión no tiene fuerza alguna, porque Nuestro Señor Jesucristo instituyó el Sacramento eucarístico cuando pronunció sobre el pan y el vino las palabras de la consagración; por lo tanto, desde el momento en que un legítimo ministro de la consagración pronuncia las palabras, hay Sacramento, y está en Él el Cuerpo y Sangre del Señor: luego ¿á qué vienen los concomitarios empeñándose en que sólo se halla en la comunión? Ellos confiesan como

nosotros que para efectuar la Eucaristía son imprescindibles las palabras consagradorias: luego la Eucaristía no se efectúa hasta que no se pronuncian dichas palabras; y al contrario; es un hecho, cuando son pronunciadas. Por consiguiente, en el instante mismo que acaban de pronunciarse hay allí sacramento, el cual no deja de ser hasta que se corrompan las especies de pan y vino; y aquí tenemos entonces el dogma de la Iglesia, la que, discurrendo mucho mejor que estos herejes, enseña que la *Eucaristía consiste no sólo en el uso, antes bien, en el Sacramento permanente.*

Artículo II.—De la Transubstanciación: único medio racional conforme con la fe.

De lo anteriormente expuesto resulta, que si la Eucaristía no se efectúa por impanación, consubstanciación, ubiquestad ó concomitancia, ha de realizarse de un modo más racional, es decir, que esté conforme con la intención y la voluntad del Salvador, cuya voluntad es significada por las mismas palabras consagradorias, y aclaradas y confirmadas por los testimonios de la promesa de la Eucaristía. Este modo lo enseña la Iglesia Católica mediante la voz: *Transubstanciación.*

Discurramos sobre la veracidad de este dogma. Jesucristo, teniendo un pan en sus manos, dice: «éste es mi cuerpo». No violentemos las palabras; son absolutas. Jesucristo no dice que con el pan que tiene en sus manos está su cuerpo, antes bien, no haciendo mención de aquel pan, asegura que lo que tiene en sus manos es sólo su cuerpo. Si así no fuera, las palabras, «éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre», serían falsas; porque falso es que el pan, como tal, sea cuerpo, y que el vino, como tal vino, sea sangre; asimismo, si las substancias de pan y vino no se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo el sentido de tales palabras será: «este pan es mi Cuerpo y este vino es mi Sangre», lo cual es contrario á lo que dijo Cristo y es además colocar un absurdo en boca del Hombre-Dios. Por otra parte, dice el Señor: «El pan que yo daré es mi carne»; no dice que dará pan con carne, sino

su carne sola, luego, deben desaparecer las substancias de pan y vino para dar lugar á sola la carne y sangre del Salvador.

No teniendo los protestantes subterfugio alguno para poder salir airosos en su escandalosa herejía, han pretendido sostener que el milagro de la transubstanciación es imposible; pero tambien les contestaremos con una autoridad que no pueden recusar: «Nada hay imposible para Dios», y por añadidura les presentamos las pruebas que aduciremos contra los deístas.

Para hacer odioso el dogma católico de la Eucaristía, han sostenido los luteranos que la voz *Transubstanciación* fué inventada por Inocencio III en el Concilio Lateranense IV. A esto respondemos que, aunque en dicho Concilio se usase por vez primera esa palabra, sin embargo, la cosa significada por ella, siempre fué creída en la Iglesia de Dios, no de otro modo que lo que significa la voz *Transubstanciación*. Desde el principio mismo de la Iglesia dábase á entender este vocablo por las voces *mutación*, *transmutación*, usadas por los santos Cipriano, Gregorio Niceno y Crisóstomo y aun muy expresamente por S. Ambrosio; por las voces *transformación*, *traselementación* que las usaron S. Juan Damasceno y Teophilacto; y finalmente por las expresiones *conversión*, enunciada por otros Santos Padres y *cambiamiento*, voz usada por los griegos. Ahora bien: ¿qué diferencia real existe entre estas voces y la palabra *transubstanciación*? Ninguna; porque todas ellas significan propiamente la acción de cambiar real y totalmente una substancia en otra; la acción de pasar substancialmente de un estado á otro. Además, el Concilio Romano, convocado el año 1078 por S. Gregorio VII, condenó la herejía de Berengario que sostenía la misma doctrina enunciada por los luteranos impanadores: por eso no sé por que se quejan estos herejes de que la voz empleada por el Concilio Lateranense IV, y confirmada por los Concilios Constanciense, en el año 1414 para condenar los errores de Wiclef y por el Florentino, en 1438 para reprobar los errores de los griegos,

sea nueva en la santa Iglesia. Últimamente fué confirmada la sana doctrina en el Tridentino por el siguiente canon: «Si alguno dijere que en el sacrosanto Sacramento de la Eucaristía queda substancia de pan y vino juntamente con el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y negare aquella admirable y singular conversión de toda la substancia del pan en el cuerpo, y de toda la substancia del vino en la sangre, permaneciendo solamente las especies de pan y vino; conversión que la Iglesia Católica propísimamente llama *Transubstanciación*; sea excomulgado». Pueden estar, por consiguiente, fuera de toda duda los novadores.

Sin embargo no lo están; pues ¡es tan difícil mortificar el amor propio!... Y aquí está toda la dificultad; porque muchos de ellos conocen la verdad, pero el maldito respeto humano unido al amor propio, les son duros grillos con los cuales están fuertemente amarrados dentro de las tenebrosas cárceles del protestantismo. El dogma de la transubstanciación ha sido creído siempre en la Iglesia Católica; los protestantes tienen el deber de leer las profesiones de fe y estudiar las liturgias de los nestorianos, jacobitas, sirios, coptos, armenios y griegos cismáticos, algunos de los cuales están fuera de la Iglesia romana desde el siglo V, y en todas ellas encontrarán la expresión de la presencia real y de la *transubstanciación*. Extraña que Lutero y secuaces, defensores acérrimos de Nestorio, no se hayan fijado en la liturgia de éste. Tal vez no le hubieran defendido con tanto entusiasmo.

Tillotson expone un argumento contra la transubstanciación, argumento que han repetido Bayle, D. Hume y otros, y que los protestantes dicen ser la más fuerte objeción contra nuestro dogma. Se formula de este modo: cuando el dogma de la transubstanciación estuviere claramente revelado en la Escritura, nosotros no podríamos tener de su verdad más que una certeza moral, parecida á la que tenemos de la Religión Cristiana en general; ahora bien: nuestros sentidos nos dan una certeza física de que la substancia del pan se encuentra por todas las partes en que vemos

y palpamos los accidentes: luego esta certeza debe prevalecer á la primera y determinar nuestra creencia. Incomprensible parece, exclama el erudito Bergier, que unos hombres tan instruídos, se dejen deslumbrar con semejante sofisma. A la verdad; si este argumento hubiese sido proferido por algún idiota no tendría nada de extrañar; pero que haya sido repetido por hombres que se precian de eminentes filósofos causa mucha rareza. No obstante, habremos de contestar; y para el efecto aduciré unos pocos argumentos que no tienen réplica.

1.º La objeción de estos impíos debe hacer dudar también del misterio de la Encarnación á todos los que veían á Jesucristo y conversaban con Él, porque en efecto; ellos estaban físicamente ciertos que en Jesucristo había una persona humana, porque por todas partes veían y palpaban las propiedades sensibles de la humanidad; ahora bien: quien viese los prodigios que obraba y oyese sus palabras confirmadas por nuevos milagros, comprendería al instante, que la persona de Jesucristo no era humana sino divina: luego en este caso, aunque había, por la otra parte, certeza física, no podía prevalecer á la certeza moral.

2.º De semejante principio se deduce que no hemos de creer sino de lo que estamos físicamente ciertos, esto es, de lo que perciben nuestros sentidos en su estado natural. De él, asimismo, se infiere que no hemos de dar fe á ningún milagro, al menos que no le hayamos visto verificarse por el testimonio de nuestros sentidos, y efectivamente D. Hume se vale de semejante sofisma para atacar la certeza moral que se tiene de ellos; dice, que las pruebas morales no pueden prevalecer jamás á la certeza física; mas se puede contestar que de esta pretendida proposición se requería que un ciego por ejemplo, sería un insensato cuando cree á la palabra de los hombres que le aseguran una cosa contraria al testimonio de sus sentidos; se seguiría igualmente, que un hombre v. g. que ve de lejos una torre cuadrada, la que parece á él que es redonda, está bien fundado cuando se empeña en sostener que es redonda, á pesar del testimonio de

todos los que le atestiguan lo contrario. Estos ejemplos demuestran que el principio sobre el cual se funda el argumento de Tillotson es absolutamente falso, pues que en este caso, la pretendida certeza física no es en el fondo más que una ignorancia ó un defecto de conocimiento, pues que esta certeza no cae más que sobre las apariencias, y no sobre la realidad ó la substancia de las cosas: por lo tanto, si nosotros vemos en la Eucaristía las cualidades sensibles del pan y del vino, ¿nos atreveremos á afirmar que estas contienen á las mismas substancias? Aunque es verdad que de la presencia de las cualidades sensibles, concluimos que el cuerpo al cual ellas están adheridas ordinariamente existe, sin embargo esta consecuencia no es esencial.

Asimismo; ¿pueden atestiguar nuestros sentidos que la substancia del pan está por todas las partes donde vemos sus cualidades sensibles? ¿Sabemos nosotros lo que son las substancias de los cuerpos despojados de estas cualidades? Claro que no. Estas substancias no caen debajo de nuestros sentidos, por lo tanto éstos no pueden atestiguar nada (1).

(1) Respuestas de Bergier.